

Olivier Messiaen

por
Leni Alexander

La primera vez que oí hablar de Olivier Messiaen fue en el año 1952, cuando Pierre Boulez —de visita en Chile como director musical de la compañía de teatro de Jean-Louis Barrault— me contó de él, quien había sido su profesor. Me habló de él con una gran admiración y un enorme respeto, explicándome su modo de enseñanza y tratando de darme una imagen de su obra, por entonces desconocida para mí y, creo, para la mayoría de los músicos que en ese momento vivían en Chile.

Boulez vio unas partituras mías y me aconsejó ir a estudiar con Messiaen. Pude obtener una beca del gobierno francés y en octubre de 1953 llegué a París para ingresar al Conservatorio Nacional, donde él enseñaba. Como llegué unas semanas después del comienzo del nuevo semestre, Boulez propuso acompañarme al Conservatorio para presentarme a Messiaen y así no tener dificultades con mi inscripción. Me acuerdo muy bien de esa tarde otoñal en que fuimos con Boulez a tomar el Metro. Era la hora de mayor afluencia. La gente iba apretadísima en los vagones y se amontonaba detrás de las puertas que apenas se podían cerrar. Llegamos al antiguo e inhóspito edificio del Conservatorio Nacional (Messiaen lo detestaba, así que cuando había pocos alumnos aprovechaba para darnos clases en el café de la esquina). Subimos la escalera de cinco pisos (el ascensor estaba reservado únicamente para el director del establecimiento ¡Ni Messiaen tenía derecho de usarlo!). Entramos a la sala de clases, donde Messiaen ya había empezado su curso. Estaba sentado en una gran mesa redonda, rodeado de unos ocho o diez alumnos. Saludó amablemente, después que Boulez me había presentado, y continuó su clase. En ese momento estaba analizando la partitura de *Pelléas et Mélisande*, de Debussy, leyendo el hermoso texto de Maeterlink. Más tarde empezó a tocar en el piano, con gran habilidad, partes de la ópera, cantando e interpretando la partitura de orquesta. (Durante ese año también analizamos *Wozzeck* y *Don Giovanni*, sintiéndome muy privilegiada de tener la suerte de poder trabajar con Messiaen en estas tres óperas, para mí las más hermosas que se hayan escrito jamás).

Messiaen tenía el don muy especial de poder transmitir siempre lo esencial de una obra, los factores más relevantes de la composición. En esa época sus clases consistían en Folklore, Ritmo y Análisis, y aunque no fueron denominadas clases de composición —ya que para ese ramo estaba contratado otro profesor— en cada una de sus clases una tenía la sensación de aprender y de enriquecer constantemente los propios conocimientos de composición. Como maestro, Messiaen jamás impuso a ningún alumno su estilo; cada uno era libre para expresarse en el lenguaje que le pareciese el más “suyo”, el más adecuado. Sí exigía que un compositor fuese capaz de expresar en su escritura musical sus ideas e intenciones lo más claramente posible.

Messiaen era de una modestia extraordinaria, lo que se reflejaba incluso en su modo de vestir. En el período en que fui su alumna —y también en épocas posteriores, cuando lo encontré casualmente en conciertos en París— lo vi siempre con el mismo traje gris, con su camisa de cuello abierto, incluso cuando había grandes estrenos de sus obras. Menciono estos detalles porque eran parte de su personalidad, de su modestia singular. Además era un hombre muy introvertido, pero con una enorme habilidad para entender a sus alumnos, interesándose siempre por cada uno de ellos. Únicamente cuando hablaba de su actividad como organista en la iglesia Sainte Trinité —donde tocó cada domingo durante 40 años y la gente venía de lejos para escuchar sus improvisaciones en el órgano— se mostraba feliz y orgulloso. Esa actividad y su condición de compositor, estaban profundamente ligadas a su fe católica, lo que demuestra el contenido y los títulos de sus obras.

Sus composiciones tenían como base una teoría que él había creado, fundamentada en problemas rítmicos y modales. En su libro *Técnica de mi lenguaje musical* —quizás el libro más importante escrito hasta hoy sobre esta materia— se pueden encontrar los basamentos de su proposición teórica y de su pensamiento compositivo. Aunque como compositor no tuvo auténticos seguidores de su estilo, su influencia como pedagogo y la herencia de su pensamiento musical han tenido una importancia enorme y, quizás, aún no aquilatada. Creo que todos los compositores que fueron sus alumnos poseen un sentimiento de gratitud hacia Olivier Messiaen.